

EN EL PRIMER ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE PEDRO JOAQUIN CHAMORRO

Para quienes sostenemos que el sujeto de la historia es el pueblo, la masa humana que arranca los minerales caídos y los doblega con esfuerzo e inteligencia, hasta convertirlos en morada, taller, fábrica o en centro de estudio y reflexión sobre la experiencia, la muerte de un hombre predestinado y singular resulta siempre un motivo de manifiesta preocupación espiritual.

Ante la concepción del héroe de Carlyle, del mártir de la antigüedad cristiana o del hombre providencial por encima de las acciones de sus contemporáneos, siempre es bueno, cuando no prudente, detenerse a pensar si tales personalidades en la historia no encarnan un ideal colectivo, más que un mero destaque de lo individual, de la voluntad personal frente al devenir de los acontecimientos sociales.

Escribimos lo anterior, un año después de la muerte del periodista Pedro Joaquín Chamorro, ocurrida el 10 de marzo de 1978 en Nicaragua. El trágico episodio es el final de la vida de un hombre de ideas, abatido por las balas de la dictadura que combatió con fervor y energía. Su muerte, no obstante, es el principio del fin del gobierno de Anastasio Somoza. Sobre el cadáver del escritor se erige, se consolida, el movimiento liberador del pueblo de Nicaragua. La muerte del hombre, mártir de una causa, pasa a ser la bandera de las masas. Su sangre individual abona así la esperanza de la redención que, si es auténtica, transforma y modifica a los hombres y a los pueblos. El mártir, el héroe, van a la leyenda. Su acción formará parte de la lucha que sigue y se afirma. El asesinato de Chamorro anuncia el fin de la dictadura.

Chamorro, por el hecho mismo del sacrificio, se ha convertido en una bandera. Contribuye con su martirio individual al proceso histórico de liberación.

Al frente del Diario **La Prensa**, periódico fundado por su padre en Marzo de 1928, Pedro Joaquín Chamorro proporcionó una tribuna al pensamiento libre de los nicaragüenses, corriendo toda clase de riesgos en mantener una línea editorial independiente, abierta al diálogo y a la discusión franca de los problemas sociales, económicos y políticos de su país.

La posición de Chamorro como Director y Editor de **La Prensa** fue la de un animador del debate público, dándole oportunidad a unos y a otros para que expusieran sus ideas, en un afán de corregir los males de la sociedad y con el claro propósito, también, de hacer florecer la libertad en una tierra donde, desde 1934, se ha afincado el despotismo, la corrupción política y administrativa, y donde se ha roto con los principios de alternabilidad en el ejercicio del poder, bajo el pretexto de que Nicaragua, sin la familia Somoza, caerá en las redes del comunismo.

Tal es la falacia que intereses de una minoría de malos nicaragüenses, en asocio con intervencionistas extranjeros, ha propalado para legitimarse en la Presidencia por espacio de 45 años consecutivos. 45 años que han servido a los Somoza para gobernar el país como si se tratase de una hacienda particular, bajo los cuales ha impuesto un régimen de terror y vergüenza para las democracias latinoamericanas. Con el control absoluto de la Guardia Nacional, ejér-

cito protector de los bienes familiares, los Somoza han desnaturalizado la función de lo que es —y debe ser— la fuerza armada de una nación moderna.

Defensor de la democracia liberal representativa, Chamorro buscó la solución pacífica y racional a la crisis institucional de su patria. Optó siempre por las vías electorales, cuando no por la protesta traducida en huelgas de brazos caídos, manifestaciones de repudio o concentraciones populares en las que, de viva voz, se hacía eco de la injusticia económica en que vivían y viven las masas urbanas y rurales de Nicaragua.

No fue su estilo de escritor, ni su práctica política, la del militante armado. Fue su tarea cotidiana la del intelectual responsable, comprometido con la lucha periodística a favor de la libertad por medios serenos, a pesar de que las condiciones imperantes en Nicaragua bajo la dictadura de los Somoza y sus aliados, podrían haber justificado de su parte una actitud violenta, proclive a favorecer el alzamiento popular, la pedrea, o la construcción de barricadas.

La formación humanística de Pedro Joaquín Chamorro, abogado y escritor, le impedían adherirse o incorporarse a los carbonarios, a aquéllos que con el fusil en la mano consideran que a Somoza sólo es posible expulsarlo de Nicaragua por la fuerza de los acontecimientos militares. Independientemente de creer o no en los movimientos armados, Chamorro fue un combatiente de la palabra —una palabra cargada de pensamiento y acción liberadora— y no un miembro más del sandinismo. Chamorro en tal sentido jugó, en vida, el papel de un verdadero líder del reformismo modernizante de su país. Aglutinaba así a importantes sectores de la burguesía progresista, industriales y comerciantes, que tenían en su periódico el punto de apoyo de un programa de cambios estructurales, con el respaldo popular de las masas. Chamorro, en el fondo, buscaba el verdadero desarrollo capitalista de Nicaragua, bajo la advocación de principios humanizadores de tal sistema.

Para un país como Nicaragua, donde el Estado autoritario y excluyente tiende a destruir los valores supremos de la nación, la lucha de Pedro Joaquín Chamorro debe justipreciarse y valorarse como respuesta, y fe, en los instrumentos políticos de la democracia para resolver los conflictos sociales, y como una vocación intelectual al servicio de la justicia social, sin las estridencias de última hora.

Perseguido por la dictadura de Somoza, encarcelado por publicar noticias, artículos y editoriales, Chamorro es uno de los pocos ejemplos, en América Latina, de la rectitud que debe presidir la función del periodista. No obstante la censura, la amenaza policíaca, la intimidación económica, Chamorro se mantuvo firme e indeclinable frente al abuso del poder. No claudicó en sus ideales, ni dejó que su periódico se convirtiera en un mentidero público, en una



industria asquerosa del consumismo y la corrupción nacional. La libertad de prensa tuvo en él a un verdadero defensor. Muchos de nuestros periodistas —expertos en deformar la verdad, profesionales de la irresponsabilidad informativa—, deberían leer a Chamorro para conocer en la práctica el ejercicio honesto del periodismo.

El papel de periodista al servicio de la libertad, convirtió a Pedro Joaquín Chamorro en un hombre singular en la vida latinoamericana de hoy, dados los ejemplos de tantos dueños de periódicos, radiodifusoras y televisoras, que lejos de contribuir a educar y culturizar a los pueblos, ayudan a envenenarlo con sexo, violencia y prostitución.

En razón de su postura editorial, instituciones de todo el mundo premiaron su conducta de escritor. La Universidad de Columbia, de New York, le distinguió con el premio María Moors Cabot en 1977, al igual que muchos de sus artículos fueron traducidos a otros idiomas y, además, reproducidos en centenares de periódicos, como una muestra de adhesión a la lucha que libró, incansable, contra Somoza y el somocismo.

Nicaragua perdió, con la muerte de Pedro Joaquín Chamorro, a uno de sus intelectuales más lúcidos, expresión de una conciencia colectiva indignada. El asesinato de Chamorro evidencia, en Nicaragua, que cuando a un pueblo no le dejan otra alternativa que la lucha por medio de las armas, las soluciones son siempre violentas, llenas de luto y desesperación.

I.L.V.

10 de enero de 1979.